

Manuel Morales Muñoz, *La idea libre. La cultura anarquista en España (1870–1910)*, Madrid, La Neurosis o Las Barricadas Ed., 2018, 345 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.38.2018.579-582>

El historiador malagueño Manuel Morales Muñoz, excelente conocedor del mundo y la cultura obreras en España sobre épocas, además, como la que va de mediados del siglo XIX a los primeros decenios del XX que resultan difícil de aprehender debido a sus diferentes declinaciones – republicana, anarquista, socialista- o a la variedad de temas que es preciso explorar para estar en condiciones de captar su complejidad y singularidad, tales como los ritos y fiestas, la literatura de folletín, la iconografía, los círculos y ateneos obreros (es decir, la sociabilidad en que M. Morales es uno de nuestros principales expertos), los símbolos y lemas que nutrieron su imaginario, etc. Todo lo cual resulta imprescindible abordarlo para ahondar en los valores específicos mediante los cuales esta clase obrera en formación fue forjando su identidad cultural.

Lo cierto es que el autor lo hace con verdadera competencia que se pone de manifiesto no solo en el rico bagaje teórico con el que se enfrenta a estos temas –patente en la bibliografía utilizada-, sino también en lo que bien que conoce la literatura y la prensa obrera española de un periodo – insistimos- en el que resulta difícil orientarse, en especial por lo que se refiere a la corriente ácrata en razón de su falta de fijeza concretada en sucesivos ensayos organizativos, planteamientos tácticos, etc. que anteceden a la formación, en Barcelona, en 1910, de la Confederación Nacional del Trabajo.

Esta obra posee además un interés y utilidad añadidos ya que se acompaña de textos literarios (fragmentos, por ejemplo, de la interesante novela *Pensativo*, de Serrano de Oteiza), teóricos, a cargo de pensadores como Tárrida del Mármol, Anselmo Lorenzo, Teobaldo Nieva., Ricardo Mella, entre otros o sobre estética anarquista, además de contener imágenes de José Luis Pellicer que aparecieron en *El Condenado* y que representan la réplica internacionalista a la iconografía burguesa constituyendo un buen ejemplo de cómo en algunos medios ácratas se era consciente de la eficacia de la imagen como instrumento de propaganda.

El conjunto del texto responde verazmente a su título –o subtítulo– por cuanto proporciona una excelente introducción a “La cultura anarquista en España” en su etapa de formación, antes de cristalizar en la poderosa corriente cenetista. La exploración que se nos propone se abre con un breve pero sustancioso capítulo en el que se subraya cómo en las últimas décadas se ha ampliado la acepción del término *cultura* en lo que respecta a su uso por parte de los historiadores no reduciéndola, como ocurría en los textos clásicos de historia del movimiento obrero, a ideología; o cómo dicha cultura referida aproximadamente al periodo aquí estudiado fue una cultura militante, tendencialmente revolucionaria por cuanto inseparable de un contexto de opresión y explotación laborales. Se trató de una réplica consciente al modelo o proyecto cultural impuesto desde las esferas oficiales (con el concurso decisivo de instituciones aún muy influyentes, como la iglesia católica). Y aquí, en esa réplica, entrarían iniciativas, que se fueron desgranando desde los años 1840, en terrenos como la educación, la concepción de las relaciones familiares, la desacralización del tiempo muy relacionada con la lucha por la reducción de la jornada laboral, la crítica de arte para romper con el enfoque burgués del *arte por el arte*, o la conquista, en fin, de espacios de reunión y de encuentro en los que desarrollar una sociabilidad obrera y dar cobijo a muchas de estas iniciativas que resultaron decisivas en la conformación de unos valores, de un imaginario mediante los cuales se fue construyendo una identidad social diferenciada o, mejor, contrapuesta a la propiamente burguesa.

Luego el libro se ocupa de aspectos específicos, algunos de ellos poco frecuentados en la historiografía social española, como el recurso a la imagen en algunas publicaciones como *El Condenado*, aparecida en Madrid en febrero de 1872 mediante las cuales su autor, J. L. Pellicer buscó plasmar las críticas y aspiraciones de la Federación Regional Española de la AIT. El recurso a parejas antagónicas, al denominado “tremendismo social” serán utilizados aquí para poner en solfa los pilares de la sociedad burguesa o, incluso, para incitar a la rebeldía obrera aunque sin olvidar que entre los *condenados* de la sociedad aún estaban muy presentes actitudes de resignación.

Los círculos y ateneos obreros, que M. Morales conoce como nadie son la materia de otro denso capítulo. Unos espacios de sociabilidad obrera, generalmente inestables en cuanto a su localización que en esta fase mantuvieron vínculos frecuentes con el republicanismo y el librepensamiento y en donde los debates (y divergencias) teóricos tuvieron una amplia cabida. Además de documentar la geografía de los círculos

obreros en los últimos decenios del XIX y explicar su tipología, la organización interna del espacio, su escueto mobiliario, los cuadros o grabados fijados en sus paredes, etc., el autor valora su principal función: la de brindar “un mundo de valores, afectos y relaciones en el que el correligionario forjaba su personalidad y encontraba sentido a sus luchas y a sus esperanzas”.

La búsqueda de una identidad cultural, de nuevos horizontes y símbolos que oponer a la predominante cultura burguesa constituye otro capítulo de esta obra. Y para ello analiza las variadas iniciativas emprendidas en este plano desde mediados de la década de 1880 entre las que resaltan los certámenes socialistas celebrados en 1885 y 1889. Lo cual daría testimonio de un hecho relevante a juicio del autor, el de que corresponde al anarquismo español –en el período considerado– la mayor significación e influencia en el proceso de culturización de las clases obreras españolas. Un proceso que resulta inseparable de los intensos debates en torno a la estrategia a seguir por el movimiento obrero ya sea manteniendo las tesis del colectivismo, que se remontaban al Sexenio, o decantándose, en cambio por el comunismo anarquista.

El segundo certamen socialista, de 1889 que asimila a una “fiesta de la anarquía” es estudiado específicamente en un nuevo capítulo. Repasando su programa el autor encuentra que hallaron en él cabida, entre los temas propuestos por las diferentes sociedades, las preocupaciones de toda índole que afectaban al anarquismo español (el amor libre, los fundamentos científicos del colectivismo, la mujer en la historia y en la humanidad, propuestas de un himno revolucionario anarquista...). Sin entrar aquí en detalles, el eco obtenido por la fiesta, la variedad de temas tratados, la diversidad de autores y lenguas darían testimonio de la importancia y riqueza de una cultura, en parte renovada respecto del tiempo fundacional del Sexenio, que se estaba dotando de mitos, símbolos y valores antitéticos a los sustentados por la burguesía.

Justamente de rituales, símbolos y valores es de lo que trata el penúltimo capítulo del libro que el autor aborda examinando en primer lugar los símbolos presentes en los sellos de las asociaciones pero también las banderas, cuadros, carteles que decoraban el interior de los círculos anarquistas, o los nombres e himnos... Una atención particular es concedida al candelario ritual para lo que pone el foco en los certámenes socialistas ya aludidos, o en las conmemoraciones del 11 de noviembre y el 1º de mayo. Todo ello convergía asimismo con el fomento de una nueva moral que repudiaba la taberna, la prostitución o el juego y que rechazaba el

oscurantismo a la par que encomiaba el progreso y la instrucción, si bien M. Morales puntualiza que en este plano hubo diferentes modelos de militante anarquista y que junto al sindicalista honesto y virtuoso, rayano en el puritanismo, estuvo también el revolucionario rebelde y nómada y el *hombre de acción*. Se esforzaron también por secularizar los ritos de paso (bautismo, matrimonio...) y de erosionar así la hegemonía del catolicismo. La igualdad entre hombres y mujeres, la consideración de las pasiones humanas como expresión de la naturaleza, las críticas al matrimonio o una nueva concepción de la sexualidad entrarían, en fin en este bosquejo de una nueva moral.

El libro se cierra con un análisis de la crítica de arte y de la estética anarquistas que se movieron habitualmente en la dirección de un *socialismo militante ilustrado* que superara todos los obstáculos puestos por la ignorancia, llevando la ciencia y el arte hasta el taller. Para verificar este estudio Manuel Morales se detiene sobre todo en las páginas dedicadas a estos temas en revistas como *Ciencia Social*, *Natura* o *La Revista Blanca* que retomaron el discurso estético esbozado ya en *Acracia*. Unos ensayos, los aparecidos en estas publicaciones en los que, frente al decadentismo burgués o la exaltación del yo romántico se apelaba a un nuevo arte, fruto de un nuevo orden social que ejerciera la función de encontrar y transmitir unos nuevos valores que elevaran a la clase obrera literaria y artísticamente. Una crítica de arte, además, que se concebía a sí misma como un instrumento de acción, y que subrayaba los aspectos revolucionarios de la obra de arte.

Rafael SERRANO GARCÍA

Instituto Universitario de Historia Simancas (Univ. de Valladolid)

rafael.serrano@uva.es